



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

DE COMPRAS



—¡Calla por Dios! ¡Cinco reales por un besugo tan pequeño que no tocamos á casi nada!

—Pier, pero como vamos á suponer que á ti no te gusta el besugo...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taborda.—Lo siento mucho, por Juan Pérez Zañiga.—Archivo del Teatro Español, por Eduardo Bustillo.—En el monte, por Ricardo J. Catarineu.—Palique, por Clara.—Soliloquio, por José López Silva.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—Nada de particular, por José María Ortega Moragón.—Chismes y tópicos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: De compras.—¿Qué desean ustedes?—Condición humana, por Cilla.



La verdad es que aquí no sucede nada.

Siempre que tenemos necesidad de coger la pluma, pasamos revista á los periódicos, y lo más que nos dicen es que han muerto varias personas distinguidas, ó que se han batido los matuteros con los del rasguardo, ó bien que se va á estrenar una comedia, ó que continúan las inyecciones de la linfa de Koch.

Ni ha habido nuevas víctimas descuartizadas, ni ha descarrilado ningún tren, ni ha huído del hogar paterno ninguna señorita. Vivimos ávidos de emociones fuertes, y si no fuera por las consecuencias que podría tener el suceso, deseáramos, verbi-gracia, que Fabié se despojase de su envoltura ministerial durante unos días y saliera por ahí vestido de bailarina, ó que Carrulla, harto de goceas espirituales, se pusiera en relaciones con una chula, ó que Sagasta se contratase de tenor cómico para provincias.

Esta vida sin emociones llega á ser insoportable. Todos los días vamos al café para oír hablar de la obra que ha fracasado, de la Junta del censo y del gabán que ha estrenado un amigo.

Los que tienen la precaución de asistir á las reuniones caseras consiguen distraer el ánimo. Allí, al menos, se reciben impresiones gratas oyendo cantar á las señoritas y recitar á los poetas domésticos. Ahora está muy de moda uno recién llegado de su pueblo, con redondillas frescas, que ha venido aquí á que le extirpen un pólipo, y al mismo tiempo á darse á conocer como vate.

La otra noche le presentaron en casa de los señores de Cerbón y fué muy aplaudido.

Lo del pólipo le perjudica bastante, porque como tiene tapadas las vías nasales, en vez de hablar parece que está tocando el fagot con las narices: pero no por eso dejan de apreciarse las bellezas de la versificación, y entre las poesías recitadas por él hay una escrita expresamente para la Virgen de los Dolores, que es modelo de unción y de sentimentalismo.

El Sr. Cerbón, cristiano viejo, abrazó conmovido al poeta, y sin que lo supiera la Cerbona consorte se lo llevó al comedor para obsequiarle con guindas en aguardiente y queso.

—¡Caramba, caramba!—le decía estrechándole las manos.—¿Qué bien compone usted!

—Es favor que usted me dispense—contestaba el lírico.

—¿Y hace mucho que tiene usted eso?

—¿Cuál? ¿El pólipo?

—No, la poesía.

—Mucho. Ya sé así. Yo no tuve estudios de ninguna clase, porque me crié muy delicadito y mis papás no quisieron forzar-me la imaginación. Además tuve la solitaria tres veces.

—¡Caramba! ¿Qué suerte! Ea, tome usted otro poquito de queso, ahora que no nos ve nadie.

—No, muchas gracias: cuando como mucho queso se me ofusca la imaginación.

—Pues entonces tome usted otra guindita. Son muy buenas. Todos los años las pone en aguardiente mi señora, porque nos

sientan muy bien. Á mí me gusta tener de todo en mi casa. ¿Quiere usted un pimiento en vinagre? ¿Un poco de jamón curado? ¿Le gusta á usted el tocino? ¿Quiere usted que le frian un poco? Pida usted lo que guste.

—Tantas gracias.

—Á mí los hombres como usted me vuelven loco. Diga usted: ¿todos esos versos los saca usted solo?

—Solo.

—Yo creí que tenían ustedes un diccionario para hacer esas cosas.

—¡Quiá! No, señor. Yo me pongo á discurrir con la cabeza baja y poco á poco voy reuniendo consonantes hasta tener una ó dos docenas; entonces me siento y en un instante compongo una poesía ó dos, ó las que salgan. Por lo general, escribo los versos encima de un baúl, porque me gusta estar bajo, y parece que en esta postura me salen mejor las poesías.

—¿Qué rareza!

—Se ven cosas muy raras. En mi pueblo hay un notario, que también es buen poeta, y escribe los versos echado de bruces sobre un felpudo. Mientras compone no quiere que nadie le interrumpa y tienen que llevarle allí la comida en un plato de hoja de lata, y se la ponen en el suelo como si fuera un gato.

Cerbón no es hombre que disfrute en la sala. Todo su afán consiste en andar por los pasillos mientras su mujer hace los honores de la casa. Él se aprovecha entre tanto llevándose al comedor á las personas de su particular apracio. Allí bebe una copita ó come un poco de pan, después de espolvorearlo con azúcar, ó bien manda á la criada que le fría un huevo secretamente.

¡Pobra Cerbón! Su esposa le domina y le maltrata, pues él cuando se casó no tenía nada absolutamente, y ella en cambio llevó al matrimonio algunos miles de duros, porque su papá había sido uno de los mejores dentistas de Segovia, y era el que le sacaba las muelas al obispo. De suerte que Cerbón fué para su esposa una especie de lacayo distinguido, y ella siempre le estaba echando en cara su pobreza y su falta de lucas naturales.

Cerbón no podía comer nada de lo que le apeteciese, ni gastar un céntimo en cosa alguna.

—Venancia, necesito calzoncillos—decía Cerbón.

Y contestaba la mujer metiéndole los puños por los ojos:

—Eres un destrozón y un Adán y un sinvergüenza, y ya me canso de comprarte ropa blanca. Yo no sé qué haces con las piernas, que no hay calzoncillos que te duren.

—Pero....

—¿Y qué necesidad tienes tú de usar calzoncillos, pregunto yo? Ponte unos pantalones míos ó usa las piernas al natural, que otros tan buenos como tú se ponen el pantalón á raíz de la carne. Mi tío el sacerdote nunca ha gastado calzoncillos ni camiseta interior, y encima del cutis se ponía la sotana.

Cuando hay reunión, el pobre esposo de D.^a Venancia se aprovecha en grande y come todo lo que puede, de acuerdo con la doméstica; porque es lo que ésta dice:

—¡Ay, señor! ¡Me da usted mucha lástima! ¿Por qué se deja usted sopapear?

—Porque tengo muy buen carácter y no me gustan los ruidos. Un día quise imponer mi autoridad, y yo sé usted lo que hizo Venancia? Pues me dió en la cabeza con la piedra mármol de la mesa de noche, y porque me quejé, quiso mandarme con mis padres á Castellón de la Plana.

Entre Cerbón y el poeta se comieron veintidós guindas y más de media libra de queso, pero los contertulios reclamaban la presencia del vate, y éste tuvo que abandonar el comedor para leer unas octavas reales dedicadas al submarino Peral y á un teniente de carabineros que ha inventado una máquina para volar y otra para teñir los gabanes.

Después tocó la cítara un joven portugués, músico y tenedor de libros, y después cantaron romanzas dos señoritas.

Cerbón asomaba la cabeza por la puerta de la sala y desaparecía veloz para decir á la doméstica:

—¿Hay lechuga? Pues hazme una ensalada y vendré á comer-mela mientras bailan el rigodón.

Pero no sabía el infeliz que su mujer le observaba con disimulo, y cuando él iba á llevarse á la boca el primer troncho de lechuga, surgió inopinadamente D.^a Venancia y le dió un cogotazo tremendo, obligándole á meter las narices en la ensaladera.

—¡Ah, pillito! ¿Conque es así como cuidas de la casa? ¿Conque te mando que vigiles á los tertulianos, para que no se lleven las cucharillas, y te entretienes en comerle la lechuga?

Á las voces que daba la señora acudieron algunos señoritos de la reunión, sorprendiendo al infeliz esposo con la cabeza baja y la nariz chorreando aceite, y á D.^a Venancia con la badila del brasero en la mano derecha y la otra en el codo de su marido, como si fuera á estrangularle.

La escena produjo el regocijo de los contertulios, que se disponen á asistir á todas las reuniones de casa de Carbón, donde se pasa agradablemente la noche.

Porque no hay nada más entretenido que estas tertulias en la época triste que atravesamos.

LUIS TABOADA.

LO SIENTO MUCHO

(Á LA SEÑORITA DOÑA EMILIA LÓPEZ LÁZULI)

Veo, según tu carta, querida Emilia, que has fundado *El recreo de la familia*, semanario de letras y de labores, en el cual colaboran buenos autores, y para sus columnas—no sin misterio—me pides que te escriba coplas en serio. ¿No piensas que ésa es cosa para otros vates y que yo te hartaría de disparates? El pedirme á mí versos que encierren algo, sabiendo como sabes lo que yo valgo, es pedir, hija mía, peras al olmo, es pedir malagueñas en Stokolmo, es pedir que en las *tascas* den puro el vino, ó que las cartas lleguen á su destino, ó que no sisen nunca las cocineras, ó privar de los chismes á las porteras. Yo, que iba á hacer un ciento de redondillas ensalzando las pecas de tus mejillas; yo, que iba á dedicarte, no sin trabajo, un soneto á las cintas de tu refajo. ¿voy á seguir los pasos, en mi faena, del *Salmorón*, el *Hugo* y el *Anselmo*? De mi pluma no esperes filosofías, ni suspiros profundos ni *fantasmas*. Y si fueses al menos guapa y robusta.... ¿Pero si eres un cocot! ¿Si el verte asustal! ¿Si ese par de narices son un romboide y ese par de caderas un trapezoide y esas.... protuberancias son de vigilia, porque no tienen carne, querida Emilia!.... ¿A qué viene el pedirme versos formales y hasta con pensamientos trascendentales, cuando tiene de seria la musa mía lo que tuvo mi abuelo de ama de cría? Quieres que el coño frunza y aun me aconsejas que lance en redondillas amargas quejas. ¿De qué voy á quejarme si, por fortuna, hoy por hoy no me duele cosa ninguna? Dados tus pocos años, es asombroso que lo serio prefieras á lo jocoso. ¿Quieres versos de *miga*? ¿Cómo has cambiado! Pero no me la pegas; ya te he calado. Sé que se ha hecho tu madre tan *agarrada*, que te tiene en ayunas la condenada; y eso es, sin dada alguna, lo que hoy te obliga á pedirme unos versos que tengan *miga*. Dile, pues, á tu madre que te alimente, déjate de pamplinas, y ten presente que, en lugar de acordarte de mi persona, debes mandar por *versos* á la tahona.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ARCHIVO DEL TEATRO ESPAÑOL

(DE UN DRAMA INÉDITO)

Vargas.—Tu mirada me horroriza, y el color de tu semblante está diciéndome, Ariza, que algo atroc, horripilante, para hablar te inutiliza.
Ariza.—Pero hablaré, vive Dios, y sin que un golpe de tos corte el relato oportuno; que aunque tú y yo somos dos, por la amistad somos uno.
Vargas.—Pero de esa pena limpia y de tus horas amargas ¿cuál el origen sería?

Ariza.—Averígualo tú, Vargas; yo no lo sé todavía.
—¿Amor, celos, odio? —Sí; no, ¿qué sé yo? Frenesí, locura, ficción, quimera: lo que claro nunca ví y ví claro á mi manera.
—Me interesas.
—Pues escucha, porque mi memoria es mucha y tengo el lance presente y aún mi pecho se resiente

al fragor de aquella lucha.

—Habla.

—Pues has de saber, para poderme entender, que en aquel momento crítico era mi padre político el padre de mi mujer. Hombre de forma muy ruda, pero de alma candorosa que en su buena fe se escuda, jamás llegó á tener duda de la honradez de su esposa. Yo na lo temía todo; y, aunque á mi honor no le cuadre, ví mi malicia, á su modo, que me cabría de lodo más mi esposa que su madre. ¿A quién acechar no alegra si su deshonor se fragua? Tú sabes, y es la más negra, que mi mujer y mi suegra son como dos gotas de agua. Yo vi salir una rabia por la puerta de la huerta. Llovía, me pongo alerta, y, sin temor á la lluvia, salgo también por la puerta.

Sigo embozado en acecho; de la sombra surge un hombre, en mi mano el arma estrecho, y, aunque mi arrojito te asombre, me lanto al grapo derecho. Se oye un beso, acaso dos, aprieto el fatal gatillo y, de mi venganza en pos, huye entre la sombra el pillito y ella entrega el alma á Dios. Mi alma, de odio iluminada, aunque la noche era negra, ve por fin, horrorizada, en roja sangre bañada la hermosura de mi suegra. Llega mi suegro al disparo y hayo con torpe malicia; mas la justicia ve claro, y hoy mi suegro paga caro lo que ha visto la justicia. Yo esa muerte no le imputo; pero, llorando su luto, ¿aún preconiza ante el juez de mi suegra la honradez? Pues ¿á presidio por bruto!

Por la copia,
EDUARDO BUSTILLO.

EN EL MONTE

—Yo nací.... nadie sabe cómo ni cuándo, y en la montaña vivo.... de lo que salta, los ganados ajenos apacentando, sirviendo por limosna donde hago falta. Como cabra en el monte vivo triscando. Mi choza ¡qué pequeña! Pero qué alta! Respiro de las cumbres la brisa pura, tengo unos horizontes ilimitados, sólo pido á los cielos aire y frescura y vivir sin cadenas y sin cuidados....
—Pero tu suerte es pobre, y áspera, y dura.
—¡Bah! Más dura es la suerte de mis ganados! Cuando sube á estas cumbres el pasajero, por poca recompensa yo soy su guía, pues no hay agrio en los montes y no hay sendero que yo no recorriese día tras día.
—Mas de este modo, nunca tendrás dinero....
—¿Porque si lo tuviera, me sobraría!
—Te brindan las ciudades pompas y bienes.
—Pero toda su pompa juzgo yo extraña: ¡yo quiero el aire fresco dando en mis sienes y la luz de la luna, que me acompaña!
—¡Pobres! Ni hogar, ni amigos, ni madre tienes!
—¿Madre! ¡Sí que la tengo!—¿Cuál?—¿La montaña!

RICARDO J. CATARINEU.

PALIQUE

Ya, ya sé que MADRID CÓMICO no es un periódico político, pero esto no me impide á mí declarar que no sé cómo hay en el mundo quien sea monárquico de buena fe, á no ser los monarcas y sus presuntos herederos.

Digo esto, no para convertir á nadie á la república, sino porque acaba de dejarme pasmado un extracto que *vengo de leer* (como diría Cánovas traduciendo á Bismarck del francés) del discurso que el emperador de Alemania, el Sr. D. Guillermo II, ha tenido á bien dirigir á los consejeros de instrucción pública de su país.

Así como Cánovas imita á Bismarck, podría decirse, si no resultara inverosímil, que Guillermo II imita á Cánovas.

¡Demonio de muchacho! En todo se mete, de todo entiende: él es artillero (como Cánovas), sociólogo (como Cánovas), y el mejor día resulta cantando *Lieders* á cualquier Elisa de por allá. El argumento que el Emperador II emplea para persuadirnos de que es un monstruo de omniencia es el mismo que usa Cánovas con idénticos fines: *quia nominar Leo*.

Pocos espectáculos más repugnantes, más verdaderamente escandalosos pueden darse que el que acaba de ofrecernos Guillermo II hablando en los términos en que lo ha hecho á un respetable cuerpo técnico en que había sabios verdaderos, hombres encanecidos en el estudio, pedagogos insignes, prudentes y concienzudos investigadores de los difícilísimos problemas concernientes á la educación y la enseñanza. Si es sublime Jesús en la leyenda cristiana hablando con los doctores de la sinagoga, es ridículo, y sobre todo, lo dicho, escandaloso, un húsar con corona que sin guiarse por más ciencia que sus aprensiones, los recuerdos de sus aburrimientos de estudiante, quiere vengarse ahora, que es el amo, de los disgustos que recibió cuando era discípulo. Porque ésta es la síntesis del discurso del empera-

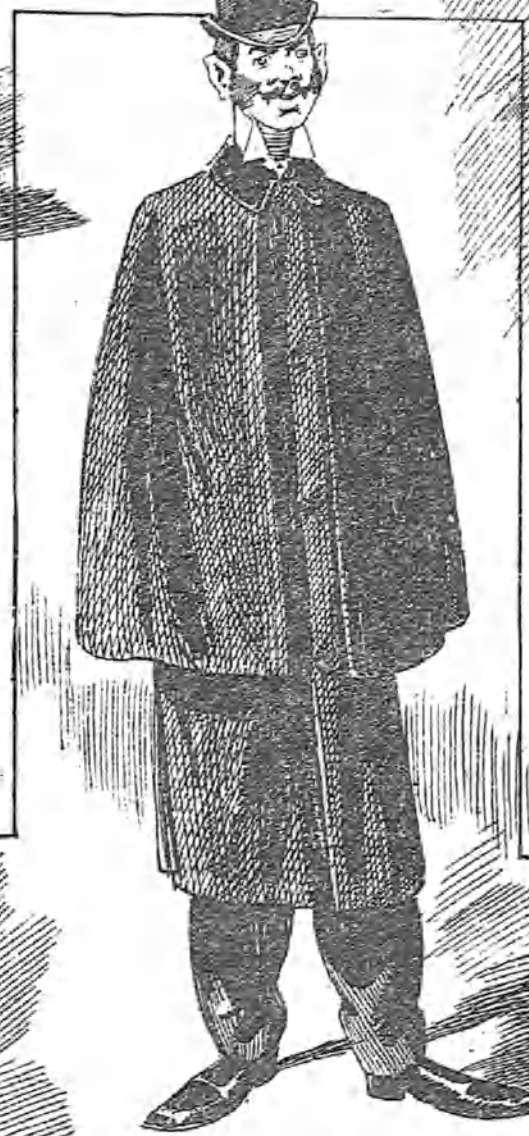
¿QUÉ DESEAN USTEDES?



—Ser concejal para que no pague puertas el vino.



—Que se escurra el señorito tanto así.



—Randañes de placeres... y un velocípedo.



—La licencia, pa gallear en el pueblo con el cañuto.



—Quedar como un cabeyero en todas partes.



—Un sombrero, para acabar de arreglarme.



—Los atractivos propios del sexo.



—La alternativa, pa quitar más de cuatro moños.



—Que haiga salud.



—Que no se enteré el otro.



—Que le publiquen la oda "Al Caos."



—Que exiga don Antonio, naturalmente.

dor. Hé aquí un extracto del extracto á que me refiero (y conste que en sustancia es fiel expresión del pensamiento del Kaiser lo que sigue):

Señores: Ustedes son unos sabios, aquí está mi amigo Falano que es una eminencia, pero que me ha hecho pasar muy malos tragos cuando yo estudiaba latín y griego y toda esa monserga. Ahora soy el emperador, el padre común, y estoy dispuesto á librar á mis súbditos del tormento de esos gimnasios (institutos de segunda enseñanza (á peu pres), en que se les hace trabajar tanto, estudiar de veras los clásicos, saber de veras las lenguas sabias. Ea, eso se acabó, porque yo lo mando. Yo soy de caballería y no quiero latín. Señores, yo necesito soldados (las palabras subrayadas vienen á ser textuales) y de los gimnasios me salen los muchachos inútiles para el servicio; el setenta por ciento necesitan anteojos para ver: qué ejército de miopes dió jamás la victoria á un pueblo? El mundo no debe verse á través de unas gafas, sino con los propios ojos. Estoy decidido á que esto concluya, y concluirá. Tanta sabiduría de segunda enseñanza sólo sirve para llenar de hambrientos los periódicos, para cultivar el proletariado de la prensa.

Así, ni más ni menos, corta este Alejandro, sin conquistas, el nudo gordiano de la enseñanza secundaria. Rómpanse los cascos los Frary, los Guerin discutiendo la cuestión del latín, el problema de la bifurcación; mediten los filósofos y los pedagogos sobre las consecuencias de ir matando en las nuevas generaciones el recuerdo y la tradición de la civilización clásica; repugnen más ó menos inutilizar en parte los resultados del Renacimiento.... Guillermo II, joven militar de veintinueve ó treinta años, que confiesa lo mucho que se aburría estudiando en el gimnasio, corta por lo sano, resuelve tan complicados asuntos, difícilísimos y delicados problemas, de un mandoble....

Aun aquello que hay de racional en el fondo del discurso, lo que puede referirse á lo que llaman los franceses el *surmenage*, resulta antipático y da ganas de contradecirlo por la forma que se emplea: porque el emperador impone su opinión, no la discute. Bien decía el P. Jacinto que hay dos Alemanias. No, no es la misma esta Alemania que acata á ese joven iconoclasta, á ese Odino de caballería y sin leyenda, que la que levantó un trono de gloria á aquel Goethe que fué á Italia y trajo del país de Miñon la flor exquisita del espíritu clásico.

Pero, en fin, señor emperador, podríamos arreglarnos. ¿No dice vuestra majestad que necesita hombres sin gafas, gente á quien le estorbe lo negro? Pues ¡vive Dios! que nosotros, los españoles, podemos ofrecerle lo que necesita, *manadas* de literatos que no usan anteojos, ni siquiera libros, que hablan del *alfa* y el *omega*, que en punto á filología son el colmo del heroísmo, pues hasta conjugan mal los verbos irregulares de la lengua patria. ¿Los quiere usted más aguerridos? ¿Cabe mayor ignorancia? Si usted cree que para formar ejércitos invencibles no hay cosa mejor que no saber el *quis est qui*, aquí le podemos regalar escritores, y hasta canónigos, que no saben lo que significa *oremus*.

España algún día fué ilustre por sus tercios, pero después decaímos; y cátese usted que ahora podemos volver á nuestras hazañas bélicas, sin más que aprovechar el contingente de nuestros *gimnasios* y *círculos literarios*, donde los pocos cortos de vista que haya lo serán de nacimiento, no por culpa del trívio y el cuádrivio.

¿No hablaban ustedes de la nación armada? Pues hálala ahí, ¡Sus, á conquistar el mundo! Caudillo ya, le tenemos. Cánovas, ese Nebrija.

CLARÍN.

SOLILOQUIO

[EN EL ABANICO]

Estoy más quemao que un pisto porque veo que en España no hay igualdad, ni hay justicia, ni hay educación ni hay nada. Hace tres ó cuatro noches rasqué en la puerta de Eslava, por distracción, un cilindro de metal blanco y sin tapas, que bien tassó no valdría dos pesetas columnarias, y tuve la mala suerte de que me viesen los guardias, sin querer, y me trajeran insultándome y á pata. No quí decir que yo esté resentido porque me haigan puesto á la sombra; no es eso, porque aquí estoy en mi casa y salgo á tomar el aire siempre que me dé la gana, si efíno un objeto fino pa quien yo sé; pero azara y pena de mal araste eso de que aquí no traigan más que á la pobre garalla

porque tiene la desgracia de no llevar pa el trabajo sombrero de copa de alta. ¡Luego dicen!... Si yo fuese gobernador, verbo en gracia, á jefe de policía, á espetor de vigilancia, es no decir, y quisiera vivir con lo que gacara de sueldo tan solamente (que no quedés, ¡ay, su mamá!... iban á venir en ristas toos esos gachés del arpa que paccen personas reatas y á Dios le rohan la caxpa sin que ninguno les diga tan siquiera una palabra, na más que porque resulta que son de la aristocracia. ¡Pa que á mí me se escaparen! ¡Como no me se escaparen! Vamos, hombre, pasan cosas que tienen la mar de gracia, ¡pero la mar! está azete,

á lo mejor, dos semanas sin dar un golpe decente, porque la industria está mala, y el día que adquiere astez un arfiler de carbata, ó un áncora lina reata, va el delegado y le llama pa decirle: «Tú, Corujó, has estado ayer de guardia en tal ó cual sitio y tienes, por consiguiente, una alhaja así á caso, de un señor que la ha heredado de su papa. Así es que como las cosas de familia son sagradas y el dueño es amigo mio, ya te estás diendo á buscarla en seguida, si no quieres que te disloque una pata.» ¿Y qué va á hacer uno, si uno no puede ponerse á malis

con esa gente! Pues eso; ir á por ella á su casa y dársela al delegado, y él va y ooge y se la guarda y la vende por su cuenta. Bueno, pues ¿por qué no agarran al delegado en el azote? Por eso; porque en España no hay igualdad, ni hay justicia, ni hay educación ni hay nada. Yo he estado haciendo el panoli y el pagué, por ignorancia, desde que entré en los negocios; pero cuando se me salió y salga, me compré una canafieta y una levita de gala pa trabajar dignamente y poder vivir de guaguas. ¡Pa diascos! No, que se juega! ¡Ya sé yo la martingala!...

J. LÓPEZ SILVA.

AMOROSAS

Me tiega la pasión de tal manera á solas encontrándome contigo que, si en mí consistiera, valvería á perder á España entera por la misma razón que don Rodrigo.

Si merece el fuego eterno quererte más de lo justo, vas á llenar el infierno de personas de buen gusto.

El amor material es un pecado, pero nadie por él se ha condenado, pues queda el pecador arrepentido en seguida de haberle cometido.

¿Qué ganra te daría si me volviera pulga cualquier día?

Siempre diciendo:—¡Imprudencia! Me da vergüenza! ¡No puedo!...— Vaya, hablemos francamente: tú llamas pador.... al miedo de que lo sepa la gente.

Es un cigarro la pasión, chiquilla. Con qué delicia se le prende fuego. Se acaba de fumar, se escorpe y luego.... se deja en cualquier parte la colilla.

Yo de la muerte envidiaré la suerte cuando duermas en brazos de la muerte!

Tú quíereme un cuarto de hora no más, de mentirijillas; que, como yo le aprovecho, no has de olvidarme en tu vida.

Tengo el carrillo hinchado á bofetadas. ¿Por qué serán tan brutas las criadas?

SINESIO BELGADO.

NADA DE PARTICULAR

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

La escena pasa en Sevilla: la luna apacible brilla sobre la calle desterta, y en una reja entreabierta está aguardando Carrilla. El aire, ardoroso y leve, centré dos hierros susurra, blancos jazminés meneva por bañarlos en la piere de las mejillas de Carrilla, y por estar encelada de ver sus negros cabellos, la noche, toda estrellada, tiene dejós de azulada por no competir con ellos. Aguarda Carrilla á su Antonio, el muchacho más gallardo,

aunque con piel de demonio, que nació de un matrimonio del barrio de San Bernardo. Se vieron cierta mañana cuando la feria de Abril, y, por ser ley soberana, fué siervo de tal suhana aquel menecbo cerril, y aunque por todo se enoja y hablando blasfema y raja de manera que sonroja, frente y voz humilde baja cuando á Carrilla se le antoja. Se ven, por fin; no hay sonrojos, reconvenções ni enojos; se hablan con tan dulce calma que, más que la voz, el alma

es quien habla por los ojos.
Nada turba la alegría
de aquel coloquio de amores;
hasta el viento, que gemía,
se echó á dormir en las flores
hasta que le llame el día.
Se oye del reloj cercano
lenta y triste hora tras hora
que repite el *no me*,
y Antonio estrecha la mano
del ángel que le enamora.
Ella... ríe sin querer;
él, fingiendo que se aleja,
no sabe más que volver,
que tiene preso su ser,
como el jazmín, en la reja!
Por fin, en una mirada
luminosa de los dos
se dan, cual la vez pasada,
el más malicioso adiós
que dé un alma enamorada.
Cierra la reja Carrilla;
sigue el silencio reinando,
la luna en los aires brilla
y Antonio se va internando
por las calles de Sevilla.
Llega á otra calle; se para
junto á otra reja, hace seña,
y, á poco, asoma una cara
que, si no tuviese dueño,
un ángel la reclamara.
Ya no es la conversación
como fué con la otra niña:
tiene más animación
y hay eco que suena á riña,
tristeza ó reconvección.
Cuando cesa el altercado
y Antonio, al pie de la reja,

comprendiendo que ha triunfado,
siente verse mal juzgado
por aquella que corteja,
y finge amargura y desho
y ella gime arrepentida,
calmando su desconuelo
con ese acento del cielo
que es el amor en la vida,
con el pañuelo terciado,
sin ajustar el vestido
y el color arrebatado,
llega Curra, que ha seguido
á su infiel enamorado.
Le mira sin decir nada,
él la pide que *no estalle*,
la otra se esconde asustada
y.... rompe una botaneta
el silencio de la calle.
Dice Antonio.... *no se que*
Carrilla escupe á la reja,
que abandonada se ve,
y lentamente se aleja,
y Antonio prosigue en pie.
A poco, como olvidando
enojosa pesadilla,
sigue el galán caminando
á sus solas murmurando:
¡Qué bromas gasta Carrilla!
Mientras ésta, á quien no espanta
su acción, y no la quebranta
de sus novios el derroche,
se durmió toda la noche
con el sueño de una santa.
Y no me podrán negar
que la relación vulgar
que en mis versos se contiene,
como habrán visto, no tiene
nada de particular.

J. M. DE ORTEGA MOREJÓN



Es designio de la divina Providencia que yo esté en desacuerdo casi siempre con los revisores de teatros.

Es el caso que hace pocos días se estrenó en el de Apolo una zarzuela titulada *La leyenda del Monje*, con éxito tan franco y ruidoso que, no sólo se repitieron tres números de música, obligando á salir á escena al maestro Chapí al final de cada uno de ellos, sino que el libro fué celebrado con grandes carcajadas, el público *entró de lleno* en el asunto, y á consecuencia de un efecto teatral, los espectadores de buena fe (no la *claque* sola) pidieron los nombres de los autores de la letra. Se suspendió la representación y uno de los actores dijo la frase sacramental de «deacan guardar el incógnito, etc.» etc.

Pues bien, al día siguiente casi todos los periódicos salieron contando á sus lectores: unos que el público había prescindido del libro, otros que el éxito era cosa de la alabarda, otros que al final sólo se presentó el músico.... y así sucesivamente.

¡Caramba! Santo y bueno que los periodistas digamos que son malas las obras, si nos lo parecen, aunque no estaría de más dar algunas razones; pero ¡por Dios! no hay que falsear los hechos para perjudicar los intereses del autor, que son tan sagrados como los de cualquiera.

¡Ha gustado mucho una comedia y, *sin embargo*, es mala! Pues digamos que nos parece mala, pero que ha gustado mucho.
Y cumpliremos con nuestro deber.

Por de contado (y vuelvo á lo mismo) es una lástima que ridiculas preocupaciones y una falsa modestia impidan al autor defender su obra, sobre todo cuando en las revistas se falsea la verdad, tal vez sin querer; cosa que ocurre todos los días.

Y... no puedo menos de copiar un párrafo de Enrique Gaspar. Es un poco largo, pero viene de perlas.

«Figúrese usted—dice el insignificante autor de *Las perlas de Sísifo*—que una señora de á luz un niño; le presenta á la gente para que diga si es varón ó hembra, y, mientras todos están formulando *de palabra* su apreciación, un señor que pasa corriendo por allí y que cree que la criatura no es todo lo grande que él quisiera, se pone á gritar á voz en cuello:—Ese niño es sistemático;—y en seguida le ajusta una mordaza á la madre á fin de que no le preste lo que nadie como ella está en el caso de probar. Pues lo mismo nos sucede á nosotros. Un autor dramático que, como las plantas, es padre y madre á la vez, puesto que crea y da á luz sus obras, expone

una á la consideración del público para que éste le diga si le gusta ó no. Pasa corriendo un crítico, y digo corriendo, porque sólo se para el tiempo que dura la representación, grita:—Esa comedia es inmoral, ó está plagada, ó otra cosa equivalente y no relacionada con el dilema de si gusta ó no,—é introduciéndole en la boca al autor una pelota asfinitante, se va muy tranquilo, porque el único que le podía argüir con conocimiento de causa—por haber pasado toda la larga gestación viviendo con su obra é identificado con ella, es el único á quien le está vedado hablar.»

Quando en diez puestos la carne vendía el Ayuntamiento, salió á comprarla Felisa, cocinera de buen cuerpo. Hora y media se entretuvo con el aprendiz Tadeo, que revolvió un perol á la puerca del maestro. Ayudóle en su faena, y afirmó á su dueña luego que había estado tres horas haciendo cola. Era cierto.

Cuentos morales se titula un elegante tomo que ha dado á la estampa don N. Jaén y Rosales. Le forma una colección de interesantes historietas que sirven lo mismo de saludable enseñanza para los niños que de honroso recreo para las personas mayores. Precio: una peseta.

Tenía á su novio Inés allá en el Norte en la guerra, y pedía á Santa Rita que sano al pueblo volviera. Oyó su ruego la santa, salió ileso, la licencia obtuvo, se volvió al pueblo.... y no se casó con ella.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Arloslado.—Flojita. El honor sin h, no es honor ni nada.

Pablo y Virginia.—Está mejor «*vlause*». Por lo menos suena mejor, pero no pondré la mano en el fuego. Vamos á ver: ¿cómo se dice, «á lo lejos se ve cuatro buques,» ó «se ven cuatro buques?»

Casasuri.—No están mal del todo, pero son sucias como ellas solitas.

Lazarillo.—Esos versos estarán bien en un álbum, pero no en un periódico que se pasa la vida burlándose de los álbums precisamente.

Sr. D. F. C.—Alicante.—Como usted comprende, para especificar las faltas se necesitaría el número entero. Además, aquí no se publica nada que no sea inédito, á no ser por manifiesta equivocación.

Carchulo.—¡Versos al mar! ¡Ha fastidiado usted al líquido elemento!

Sr. D. A. Z.—Madrid.—Eso no puede evitarse hasta que establezcamos el pacto sinalagmático y cada ciudadano sustituya su nombre de pila con un número.

Sr. D. A. G.—Parece broma de puro deshilvanado. Decir *pobrecito* por *pobre* no es licencia. Es libertinaje.

Sr. D. P. Z.—«Los mares rugen y la tierra tiembla

al ver la tempestad *arriva* braba

ollendo los clamores de gente humana

y el Todopoderoso tambien se enfada....»

¡Caramba! ¡Le parece á usted prudente empezar un soneto de esa manera! ¡Comprendo que se enfada el Todopoderoso!

Sr. D. B. R.—Oviedo.—¡Al final! ¡Pues sabe usted que no recuerdo las anteriores! Serían flojitas, porque la de hoy lo es también.

Urraco.—Sí que estará usted enfadado con esa de Palencia, pero me parece demasiado castigo decirlo en versos malos.

D. K. No.—Resultado de una inocencia paradisiaca.

Tobias y Rengas.—Toledo.—Se parecen ustedes como dos gotas de agua en lo de hacer romances pedestres.

Un triunfador.—«Imbécil, perdiste el amor paternal

principio de todos tus sinsabores,

que ávida de emociones mayores

te lastaste del vicio en el cenagal.»

¡Usted sí que se ha lanzado á la poesía como una catapulta! ¡Para desmenuzarla completamente!

Jules.—Tampoco usted cuenta las sílabas como es debido. ¡Dios mío, ni aun eso!

Sr. D. R. S.—Madrid.—Bueno es que tengamos gana de broma, pero no hasta ese punto.

Sr. D. A. R.—Vigo.—No son tres epigramas, son tres vulgaridades.

Rosa.—«¡Al Almanac no es consorcio de *stas*! ¡Qué más quisiera Almanac!

Hobday.—No señor, no sirve de ninguna manera.

K. Pío.—Es lástima que descaide usted un poco la forma.

F. G. M. N.—«¡Bueno, hombre! Cantares viejecillos y copiados sin ortografía.

Gil Blas.—Con decirle á usted que ninguno de esos siete versos es verso propiamente dicho....

LA CONDICIÓN HUMANA



—Es triste cosa que á los viudos sin hijos
nos gusten tanto las hijas de los demás....

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE GREGIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se hacen certificado, á vuelta de correo